



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 17 de Abril de 1864.

NÚM. 21.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Luis Fabra y Cervero.—Venganza Catalana, por D. Peregrin García Cadena.—Estudios históricos: Borbon ante Roma, (conclusion) por D. José Velazquez y Sanchez.—Puerta de San Martin (París).—Objetos cochinchinos.—Los celos y la envidia, por D. Alejandro Buchaca y Freire.—El ángel del hogar, (poesía) por D. Gerónimo Flores.—Gibraltar, (poesía) por D. Pedro Manuel Yago.—El ciego de los valles: novela original, por D. Maximino Carrillo de Albornoz (continuacion).

Láminas. Puerta de San Martin (París).—Objetos cochinchinos.—Cochinchina: habitacion del comandante en jefe de las fuerzas franco-españolas en Saigong.

REVISTA DE LA SEMANA.



Nuestros lectores deben estar al corriente de cuantos acontecimientos preocupan hoy al mundo político, y como todos, ó la mayor parte de ellos, continúan en el mismo estado, abandonamos su curso hasta su remota ó próxima terminacion; y nos fijamos tan solo en aquel que ha producido un resultado tangible: tal ha sido la aceptacion del trono de Méjico por el archiduque de Austria. Segun parte telegráfico, el archiduque Maximiliano ha sido proclamado emperador, habiendo recibido en su resi-

dencia de Miramar á la diputacion mejicana. Deseamos á los nuevos monarcas un largo y próspero reinado, y ¡ojalá que la paz estienda sus alas sobre aquel desolado pais, pues únicamente á su sombra florecen las artes y la industria, que son la fiel espresion del bienestar de los pueblos!

Una prueba palpable de este aserto nos ofrece diariamente nuestra Península, donde los adelantos materiales pugnan por elevarse á la altura de los de las primeras potencias. Innumerables empresas presentan proyectos que llevan á cabo con una actividad asombrosa, y por lo mismo que en vencer las dificultades consiste el verdadero talento, no dudamos y celebraríamos que tuviese una pronta realizacion el grandioso proyecto que un periódico belga atribuye á D. Jaime Girona, comerciante barcelonés, que trata de construir un canal marítimo por detrás de Gibraltar, para que los buques puedan pasar del Océano al Mediterráneo sin atravesar el Estrecho, evitando de este modo el permanecer muchos dias de arribada en los puertos y playas inmediatas, como sucede actualmente.

Esperamos con ansiedad poder dar á nuestros lectores noticias mas ciertas y favorables acerca de este gigantesco proyecto, antes de que termine la presente estacion.

Y á propósito de estaciones, no podemos menos de enviarle un adios, aunque tardío, al invierno que con sus hielos y escarchas ha desaparecido de entre nosotros, dejando libre el campo á la primavera, á esa coqueta de la naturaleza á quien saludamos con semblante apacible y la sonrisa en los lábios.

Si consideramos á la naturaleza como una sucesion de cuadros disolventes y desde un pais apellidado con razon el jardin de España, el que hoy se ofrece á nuestra vista es grandioso: una atmósfera azul y despejada en la

cual se destaca un sol radiante de hermosura, constituye la parte mas bella de esta decoracion; las frescas brisas del mar templan los ardores del astro de la mañana; el arroyo que dormitaba durante el invierno se desata en linfas cristalinas murmurando dulcemente, y las flores brotan de sus tallos, proporcionando puntos de apoyo á la versátil mariposa que en torno de ellas revolotea embriagada con sus perfumes. ¡Lástima que tanta belleza desaparezca en un momento! Pero Dios, que es el artífice por excelencia, ha combinado de tal manera estos cuadros, que á la desaparicion de uno sucede otro, si no con tantos atractivos al menos con mas encantos por su misma variedad.

Antes de terminar esta especie de apología de la estacion que atravesamos no podemos menos de convenir en que la primavera es una época de expansion para la naturaleza; y el corazon humano, por asimilarse algo á ella, abre tambien su corola dejando escapar ese sentimiento espontáneo digno siempre de aplauso, y mas si, como actualmente sucede entre los que cultivan las bellas letras en la ciudad del Cid, se dirige á honrar el talento y rendir un tributo de admiracion á uno de los primeros dramáticos españoles.

La redaccion de EL MUSEO LITERARIO, sincera admiradora de cuantos con su talento é ilustracion contribuyen á enaltecer las glorias nacionales, elevando nuestra España á un estado de cultura digno de competir con el de aquellos paises que ondean el estandarte de la civilizacion en el presente siglo, no podia contemplar impasible el legítimo triunfo que habia alcanzado en Madrid D. Antonio García Gutierrez al ponerse en escena su drama *Venganza catalana*. En términos, que desde luego acogió con entusiasmo la idea de hacerle una manifestacion al Sr. García Gutierrez, apre-

eiando como se merecen las relevantes cualidades que concurren en el inspirado autor del *Trovador* y de *Simon Bocanegra*.

La redaccion, pues, de EL MUSEO LITERARIO, por medio del propietario de dicho periódico, el joven y apreciable escritor Don Gerónimo Flores, tuvo la honra de iniciar en Valencia ese pensamiento, aun antes de ponerse en escena en dicha capital *Venganza catalana*, y despues de su representacion no ha cejado en su propósito, habiendo tenido la satisfaccion de ver asociarse á su pensamiento á la mayor parte de los escritores que forman la república literaria de Valencia. Al efecto verán nuestros lectores en las cubiertas del presente número la lista de suscripcion abierta por EL MUSEO entre los literatos valencianos, con el objeto de hacer un obsequio especial al Sr. García Gutierrez, en muestra de admiracion á su reconocido talento.

No terminaremos esta revista sin enviar nuestra despedida y el mas sincero parabien á los nuevos prelados de Badajóz y Oviedo, los Ilmos. Sres. D. Joaquin Hernandez y D. José Luis Montagut, cuya consagracion se celebró con gran pompa el domingo 10 del presente en esta Santa Iglesia Metropolitana. ¡Dios les ilumine en su nuevo ministerio y prolongue sus vidas largos años para lustre del episcopado español.

Por la revista y por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.

VENGANZA CATALANA.

I.

Despertar el sentimiento en el corazon del hombre con una tendencia noble y moralizadora, por medio de la representacion viva de los sucesos, es una de las conquistas mas bellas que ha podido alcanzar el arte.

Shakespeare en grado eminente, los dramáticos de nuestra edad de oro, Schiller con su genio innovador y los dramaturgos franceses que en nuestros dias, y con honorosas escepciones, han perdido de vista los fines inmutables del arte, llevando por cauces vedados la exageracion de la escuela romántica, han sobresalido en la facultad de mover el corazon humano por medio del poema dramático. Menos afectos que Racine á la forma culta, castigada y nitida, y á la observancia de los preceptos, los escritores de esa familia rompieron há tiempo las trabas impuestas al genio y no reconocieron mas limites de la inspiracion que los que impone el objeto moral á que ha de ir encaminada toda concepcion del humano ingenio.

A esta familia de poetas pertenece entre los dramáticos españoles de nuestros dias, el Sr. García Gutierrez, insigne escritor en quien se ven reunidos en consorcio nada comun y en grado muy envidiable la facultad de crear y las galas del estilo. La literatura nacional debe á este poeta joyas de gran valor, y no ha de echarse en olvido al tributar el debido elogio á sus merecimientos, que sus primeros pasos en el arte han determinado una era de regeneracion para la dramática española.

Reconocida la importancia del Sr. García Gutierrez en la república de las letras, no es mucho que el anuncio de su última obra haya producido verdadera sensacion en los círculos literarios y que las bellezas que el peregrino ingenio del autor ha sembrado en ella, hayan producido en la corte una explosion de entusiasmo que no se ha extinguido todavía en el momento en que escribo estas líneas. Festejado por la prensa, por la literatura, por el público todo, objeto de una ovacion que ha tenido eco hasta en las mas augustas regiones, el Sr. García Gutierrez ha visto formarse al rededor una atmósfera de gloria que no

premia con escaso los afanes de su vida literaria y que debe servir de satisfactorio estímulo á los escritores españoles.

¡Dichosa edad para las letras aquella en que los ingenios no han de esperar una fama tardia para arrancar una parte al menos del merecido premio á la avara fortuna! Cuantos consagran su inteligencia al cultivo de la literatura deben darse el parabien cada vez que el sentimiento público, noblemente conducido por el criterio de los inteligentes, provoca una demostracion de aprecio en favor de un ingenio esclarecido.

Pero hay un hecho que parece estar en desacuerdo con la calorosa demostracion de que ha sido objeto en Madrid el autor de *Venganza catalana*; hecho que yo no me propongo explicar en este primer artículo, y que no hará caer una sola hoja de la corona que acaba de ceñir el Sr. García Gutierrez.

A pesar de sus bellezas de primer orden, *Venganza catalana* no ha obtenido en el teatro Principal de Valencia el éxito ruidoso que hacia presentir la anticipada reputacion de la obra.

Mas diré: el drama ha sido escuchado con una frialdad relativa que á primera vista convida á buscar su razon de ser en un motivo extraño á la obra.

¿Será que los actores no han desplegado en su desempeño el talento necesario para poner de manifiesto la bondad del poema? ¿O será que el público no ha sabido apreciarlo en lo que vale?

Ninguna de estas dos razones esplican, en mi concepto, el hecho, por lo menos en términos absolutos. Los actores encargados de desempeñarlo han hecho del drama un estudio tanto mas detenido cuanto que se trataba de una solemnidad teatral. Han trabajado con entusiasmo, y pocas veces hemos visto en la escena valenciana un cuidado tan prolijo en los detalles, una propiedad tan rigurosa en los trages y un deseo tan evidente de acertar. La señorita Gutierrez, salvando la órbita en que gira su talento de actriz, ha tenido momentos de inspiracion, arranques de sentimiento que me han probado hasta qué punto salen de su limite ordinario las facultades cuando media un deseo entusiasta de ponerse á la altura de la dificultad.

No menos deseoso del acierto se ha mostrado el laborioso primer actor D. Joaquin García Parreño, de quien personas entendidas nos aseguran que no ha estado inferior al artista que ha desempeñado en la corte el papel de Roger de Flor; y si aparte de algunos momentos de pasion, bien sentida por el Sr. Olona, y de la vehemencia, no siempre feliz, de la señorita Granados, el desempeño de la obra se ha resentido en general de la falta de condiciones dramáticas de la compañía, estoy firmemente persuadido de que este mismo vacío se habrá notado en Madrid, como no podrá menos de notarse en los demás teatros de España.

Tampoco puede explicarse el hecho en absoluto por el juicio equivocado que el público en general haya podido formar de la obra. Hay que precaverse en esto contra la exageracion y buscar en un criterio menos estremado la explicacion del enigma.

El drama ha nacido en Madrid al calor de un entusiasmo ilustrado, inteligente y apreciador de esas bellezas que solo por el poder de asimilacion del entusiasmo llegan á herir las fibras, menos sensibles, del sentimiento instintivo.

¿Cuántos auditorios no habrán permanecido impasibles y helados ante las sublimes figuras de Fedra y Atalia? Y sin embargo, las masas, iniciadas por el entusiasmo culto en los misterios sublimes de esos poemas inimitables, han llegado á saborear aquellos versos delicados, aquel movimiento de afectos tan natural, tan filosófico, tan nutrido de rasgos felices,

y con tan maravillosa forma de expresion vestido y engalanado.

En una atmósfera análoga ha hecho su expansion el sentimiento general del público que ha visto por vez primera el drama del Sr. García Gutierrez. En Valencia ha ocurrido lo contrario. Poco numerosa la familia de los que cultivan las bellas letras, desconocido casi enteramente el drama antes de su representacion, y apático por escelencia nuestro temperamento meridional, la iniciativa del éxito ha quedado fiada á la opinion del vulgo, preparado á ver maravillas por la fama que precedia á la obra.

Todos han celebrado sus bellezas; todos han hecho justicia al talento del poeta; los inteligentes han paladeado en su gabinete los rasgos felices, las delicadissimas pinceladas, el estilo galano y correcto que con tan pródigo ingenio ha sembrado en su última obra; pero en el teatro estas bellezas no han tenido admiradores entusiastas, y el público ha ido á buscar sensaciones en el movimiento general del poema.

Colocado el criterio en ese terreno desfavorable, ávido el público de emociones extraordinarias, no es mucho que no haya visto colmados sus deseos.

Los elementos del drama no tienen entre sí tal cohesion, el interés no está concentrado con tal arte que deba necesariamente impresionar al auditorio. Yo al menos así lo juzgo, y aunque por una sola escena de *Venganza catalana* le perdono de buen grado al autor los defectos de plan que me propongo hacer notar, bueno sera señalarlos para explicar la diferente impresion que la obra pueda producir en los teatros y por qué razon siendo tan lozano fruto del ingenio, ha sido recibida en Valencia con menos calor del que se merece.

Creo en primer lugar que el autor ha sacrificado á sabiendas algo de sus convicciones literarias al escoger y combinar el asunto del drama. La figura de Roger de Flor parecia ser la llamada por el interés histórico á centralizar el interés y ocupar el primer término del cuadro, recibiendo las pinceladas mas vigorosas y el mayor foco de luz: parecia natural que el poeta velara hasta cierto punto las demás figuras, enalteciendo las cualidades del héroe, complicándole mas en la lucha dramática, interesando mas y mas el ánimo en su favor y concentrando en él la atencion del auditorio sin distraerla con resortes y complicaciones que no cooperasen eficazmente á este objeto. Así parecia exigirlo además la terrible leccion del drama, que seria tanto mas eficaz y causaria una impresion tanto mas honda, cuanto mas hubiera despertado el autor la simpatia y el interés en favor del personaje inmolado.

A tan esclarecido talento como el del Señor García Gutierrez no ha podido ocultarse esta falta de concentracion del interés dramático, así como la inoportunidad del acto episódico, absolutamente innecesario con que termina su obra y que contribuye no poco á debilitarla.

Pero es mas: ninguno de los personajes de *Venganza catalana* llega á inspirar un interés sostenido y capaz de absorber la atencion del espectador hasta el fin del drama; y si alguno de ellos por efecto de la situacion del momento ó porque la inspiracion del poeta le hace hablar un lenguaje que cautiva el ánimo, se sobrepone á las demás figuras, pronto tiene que ceder el sitio y la palabra á otro personaje mas elocuente, á otra pieza de las que se mueven en aquel tablero de ajedrez, sobre el cual ha derramado el autor á manos llenas las flores del ingenio.

Shakespeare, el mas desordenado de los dramáticos, ha hollado á su placer todas las reglas, y sus obras suelen ser un conjunto monstruoso en el cual las figuras se agitan á su antojo, los sucesos se complican sin orden.

ni concierto, los personajes secundarios y á veces inútiles asaltan los primeros términos, la acción principal, sujeta á la fantasía caprichosa del poeta, cede el campo á los episodios mas triviales, y la atención encuentra en aquel cúmulo de accidentes y de personajes toda especie de objetos intermedios. Y sin embargo, el héroe del drama se sobrepone á todo, porque el genio del escritor se reserva las pinceladas mas vigorosas y la mayor intensidad de luz para hacerle interesante y producir en último resultado la impresión que se ha propuesto.

Si no fuese tan conocida noción y tan imprescindible regla del arte dramático, el ejemplo citado probaria por sí solo la necesidad de concentrar el interés en las obras destinadas á la escena.

En el drama del Sr. García Gutierrez las figuras van apareciendo y complicándose en la fábula, de la manera que voy á examinar. El poeta presenta primero un padre agobiado bajo el peso de dos grandes infortunios, que así pueden llamarse la deshonra y la muerte de una hija y la pérdida de un hijo que ha desertado años há del hogar desventurado. El fugitivo mancebo vuelve á los brazos de su padre en el momento que empieza la acción del drama y explica la causa de su desaparición que no ha sido otra sino la de buscar al seductor de su hermana para lavar en su sangre la deshonra de su familia.

Tenemos, pues, dos personajes dignos de simpatía, en cuanto sufren la mayor de las desgracias y defienden la mas bella de las causas: la santidad del honor.

El ánimo se dispone á seguir con interés la historia del bizarro mancebo que con tan noble aliento se sacrifica en defensa de su honra. El heroísmo de su conducta, la nobleza de su carácter, el amor que no ha podido extinguir en su corazón el tiempo y la distancia, ponen de su parte al espectador desde las primeras escenas.

¿Qué premio tendrán sus desventuras, sus sacrificios, la lealtad de su carácter? ¿Quién será la dama por quien suspira; quién el infame seductor que le ha llevado á lejanos países sediento de venganza?

El espectador presiente que estos dos personajes vendrán muy en breve á complicar el enredo, y que dos grandes afectos dramáticos; el amor y el honor, van á salir á la lucha.

El espectador verá muy pronto defraudadas sus esperanzas.

La dama no tarda en presentarse: es una princesa, la esposa de Roger de Flor que ha olvidado sus amores de la infancia. Alejo la defiende sin conocerla, recibe por su causa una herida en el pecho, y el ánimo del espectador se conduce al pensar en la que recibirá en el alma el infeliz mancebo cuando descubra el desgraciado fin de sus amores.

Sobrevienen Miguel Paleólogo y Roger de Flor. Roger de Flor es un héroe, acudilla soldados españoles; ha vencido á los turcos, ha afirmado el trono vacilante de Grecia y ha recibido en premio la mano de una princesa. Pero su augusto protegido no agradece como debe sus servicios, posterga y desatiende á sus soldados, y aunque se contiene en los límites de la prudencia, no se muestra esquivo á las pérfidas sugerencias de los que por espíritu de rivalidad militar conspiran contra la vida del caudillo.

Pero Roger tiene de su parte la fuerza y la fortuna; la gloria le sonríe, y el amor correspondido le ofrece la copa colmada que ha de poner el sello á las desdichas del infortunado Alejo. Lo único que afecta su ánimo es la cuestión militar.

¿Qué diferencia de situaciones! ¿Qué diversos títulos de simpatía entre estos dos personajes! ¿Hasta aquí no podría tomarse á Alejo por el héroe del drama?

Roger tendrá que apelar mas de una vez al sentimiento nacional para reclamar la atención, y esperar en la mejor actitud posible el momento de la catástrofe.

Mas hé aquí que de improviso una figura de muger, una hija adoptiva de Gircon, de quien solo sabíamos que habia tenido un amor sin correspondencia, iergue con salvaje alegría la cabeza al saber que se han encontrado la princesa y Alejo, y amenaza á la esposa de Roger con no sé qué proyecto de venganza. Al ver la actitud de este personaje imagina cualquiera que viene á complicar la acción y á tomar parte muy esencial en la lucha dramática.

También esta vez se equivoca el espectador. Irene ama á Roger de Flor y está celosa; pero la pasión no la conducirá á ningún estremo. Una frase vigorosa, un arranque de sentimiento recordará de vez en cuando que hierve en su corazón el deseo de la venganza; pero la situación de las cosas no se agravará por su causa: sus amenazas, sus reticencias, su actitud siempre hostil y cautelosa, no dará mas resultado que algún desahogo mugeril, sin consecuencia, para mortificar el orgullo de su rival dichosa; y cuando llegue el momento de obrar en su daño, engendrando la duda en el alma de Roger, no lo hará como una muger dominada del sentimiento enérgico y rudo de que tanto blasona, sino como una maldiciente vulgar que teme ser cogida infraganti delicto de falsedad.

El ánimo fluctúa en presencia de esta vaguedad de afectos y se decide á seguir con interés los pasos de Alejo y de María. Los dos amantes se encuentran al cabo y el terrible misterio se descubre: María es esposa de Roger.... y la inspiración del poeta siempre tan levantada, plega las alas y desfallece ante el vacío dramático de que va á verse amenazada.

María ha olvidado y no encuentra palabras para aconhortar al desdichado mancebo. Nuestro amor era un desatino, le dice; yo soy princesa de Bulgaria y no podía darte mi mano respétame y no hablemos de un afecto que me ofende. Alejo se resigna, y semejante á un cometa que ha hecho su revolución, desaparece del horizonte, burlando la mirada que le seguía con interés. La lucha de afectos pierde en él toda energía, y el númen del autor no encontrará ya rasgos felices que poner en sus labios. Al movimiento de la pasión llena de sávia y de perfume juvenil, sucederá el desaliento y la atonía. Roger le ha salvado la vida; Roger ha querido reparar la afrenta hecha á su familia, y el mozo queda desarmado ante el burlador de su honra y el rival dichoso. Su abnegación es bella y lógica en términos filosóficos; pero desnuda de interés y de fuerza dramática.

La simpatía del auditorio, otra vez desorientada, busca, ya con fatiga, alimento menos efímero en la intriga militar que sigue agitando entre Roger, el emperador y el gefe de los alanos. El poeta con vena inagotable, hace vibrar las fibras del patriotismo poniendo en boca del caudillo italiano versos dignos de Herrera y de Quintana; pero Roger tiene en Berenguer de Roudor un rival poderoso con quien compartir los sufragios del espectador.

Sin embargo, la catástrofe es inminente. La pérdida de Miguel, estimulada por los celos y el deseo de venganza de Gircon, se resuelve á inmolarse al caudillo de los españoles. El ánimo fluctuante que ha visto pasar como sombras los diversos intereses indicados en el drama, se concentra por un instante en esta situación capital.

Roger sucumbe; el último objeto de interés desaparece; el drama ha concluido; y cuando el espectador, en alas del deseo, imagina que á tan negro crimen seguirá sin demora la venganza y la expiación, se levanta

de improviso otra figura de muger reclamando á su vez el primer término de un cuadro que está ya pintado, y la lección del drama será objeto de un acto episódico, frío, inútil, indigno de las grandes bellezas, de los destellos de genio con que el poeta ha enriquecido su poema.

Tal sería la impresión que me causaría la obra del Sr. García Gutierrez, si escrita, vestida y engalanada por ingenio menos levantado, me dejara mas libertad en el ánimo para fijar la atención en el plan y en el movimiento general. Por fortuna se necesita fuerza de voluntad para tocar á los hilos de la urdimbre, viendo esmaltada la superficie con tan prolijas y esquisitas labores.

No quiero prolongar mi desagradable tarea. He pretendido establecer que si el drama del Sr. García Gutierrez puede producir diversa impresión en el teatro, según los elementos de que se componga el auditorio, su mérito no podrá menos de cautivar á todo el que tenga amor á lo bello. Y esto consiste en que los rasgos de genio, la magnífica expresión de afectos, la galanura de la forma, las bellezas de todo género que suspenden y encadenan el ánimo durante la lectura ó la representación de la obra, pesan mas en la balanza del criterio imparcial que los defectos de combinación en que ha incurrido el poeta.

En otro artículo desempeñaré la parte mas grata de mi tarea, dando á conocer un poco de lo mucho que en *Venganza catalana* encuentro digno de aplauso y admiración.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Borbon ante Roma.

II.

(Conclusion).

Al amanecer del día 6 de Mayo, lunes, los tercios imperiales se hallaban dispuestos al asalto.

Durante la noche los españoles y tudescos se ocuparon en hacer escalas á modo de zarzos, por las que podían trepar de seis en seis por los muros.

Los gefes de los diferentes escuadrones habian recibido las órdenes competentes para maniobrar á la señal primera de combate.

Los soldados del César se estendian en amenazador semicírculo enfrente de la consternada Roma. Apenas podian contener los superiores su impaciente ardor por asaltar la metrópoli del Universo Católico. La vista de aquella escelente y ambicionada presa enardecía hasta el frenesí aquellos espíritus, sostenidos en las mas duras contrariedades por la esperanza ardiente de una ópima indemnización.

El duque apareció al frente de línea, risueño y galán, cual pudiera mostrarse en un día de fiesta palaciega.

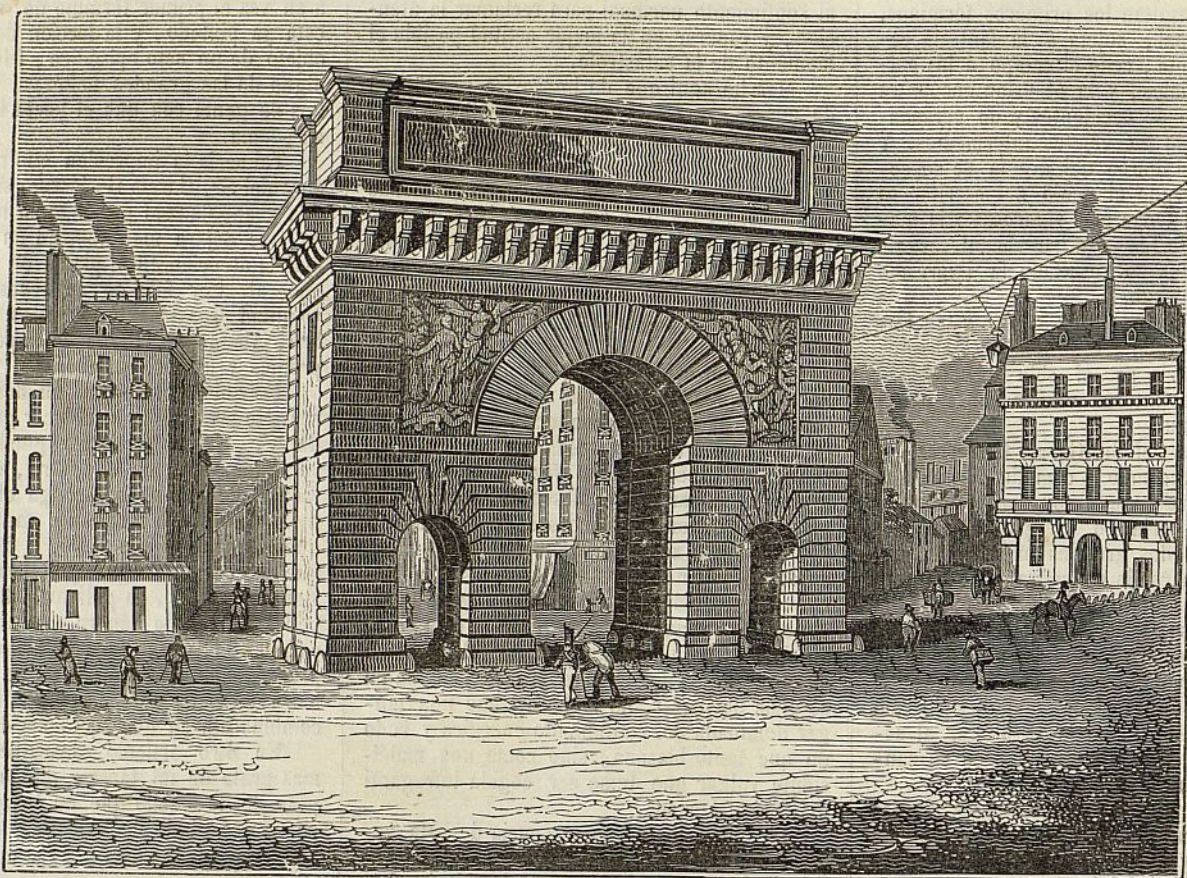
A su costado galopaban á la distancia debida Filiberto de Chalons, príncipe de Orange, y D. Hernando de Aguilar, coronel mayor de arcabuceros.

Un trompeta sajón les seguía, pronto á transmitir la orden de ataque al primer signo del general.

—Compañeros y hermanos míos (esclamó el duque), no es necesario de que yo os anime á la empresa; sé demasiado bien que tenéis bríos para dar aliento y que os sobra....

—Que toquen y vamos á obrar, gritaron algunos españoles, impacientados por aquella dilación.

—Obra grave y difícil acometemos: (continuó Borbon) mi deber es advertiros. Si el anhelo de cobrar fama, la vergüenza y el temor de perder lo ganado suele poner esfuerzo, la jornada de hoy le necesita doble.



PUERTA DE SAN MARTIN (PARÍS).

—¡A Roma! exclamó la falange italiana cansada de esperar la deseada ocasión.

—Allí está Roma (repitió el caudillo con energía), la cabeza del mundo; la domadora de gentes; la que nos lanza sus execraciones. La vamos á combatir. ¡Gloria y honor á nosotros que la someteremos!

El ejército en masa repitió su orgullosa aclamación.

—¡Afrenta y perpétua ignominia al que tornase la cara atrás! (añadió el escomulgado). ¡Sois los primeros soldados del mundo! ¡Tiembale la opulenta capital del orbe á nuestra presencia!.....

—La señal, pues, (interrumpieron los alemanes con exasperación tumultuosa). Basta de preparaciones.

—Por último, mis valientes hijos, (concluyó el intrépido gefe), el emperador os entrega la Italia para que anonadeis á sus enemigos, aunados en pérfida alianza. Descarguemos el golpe de muerte en la cabeza de la hidra. ¡A Roma!

—¡A Roma! contestaron treinta mil atronadoras voces.

—¡Viva el emperador!

—¡Viva! repitieron los imperiales con imponderable entusiasmo.

Borbon se apeó precipitadamente de su cabalgadura, que se adelantó á tener por las bridas un escudero.

Lo propio ejecutaron el de Orange y Aguilar.

Los tres generales pusieron mano á las espadas, y á un rápido signo del duque el clarinero sajón dió la orden de avanzar.

Una nube de polvo, de la que salían como relámpagos los fulgores de las armaduras, heridas por los rayos del sol, anunció á los romanos el temible acontecimiento.

Una escena semejante es imposible trazarla. La mirada de dos enemigos que contenida la respiración, apretados los dientes, y el pecho rebotando vengativo encono, se adelantan á encontrarse, vale más dejarla comprender que intentar traducirla.

Por fin llegaron á las murallas los temibles campeones, entre el humo de la arcabuceria romana, que les enviaba la muerte, y el horrisono fragor de la artillería que diezmaba los tercios silenciosos.

Los españoles asaltaron el Borgo.

Los alemanes combatieron el pórtico de la ciudad.

Los italianos se repartieron en pelotones por el círculo de los muros, y distrajeron con valor y buena maña la atención de los sitiados de los principales puntos acometidos.

Borbon mandaba á los españoles.

Aplicadas las escalas, treparon de seis en seis en fila. La fila primera, apenas asomó al borde del muro, cayó en totalidad al trueno de los mosquetes, al golpe de las hachas, al herir de las picas. La segunda fila arrojó al foso aquella caterva de muertos y moribundos que cayó sobre ella.

Los suizos y veteranos del Papa, interpolados con jóvenes reclutas, calaron picas y cargaron á toda prisa sus arcabuces.

La segunda fila llenó los huecos de la primera, y esta vez la pérdida fue recíproca; porque los españoles recibieron á balazos y en las puntas de sus alabardas el avance de los enemigos; pero tuvieron que retroceder, haciendo asimismo retrogradar á los que subían tras ellos por las escalas.

—¡Ira de Dios! ¡Firmes! gritó el Duque con un acento semejante al rugido de una fiera.

—¡Firmes! repitió el príncipe de Orange.

La tercera fila empujó á su antepuesta, llenando sus claros, la cuarta impelió codiciosa á la que le precedía.

Aquello era un torrente humano, hirviendo en torno de la muralla; golpeando con olas de cabezas la estremidad superior del muro; refluyendo al choque, y tornando á embestir cada vez mas ensoberbecido.

Pero los defensores de la ciudad, comprendiendo lo necesario de redoblar el ardor de su defensa, prepararon un rechace mas vigoroso aun. Hicieronse atrás, y preparadas

las armas, aguardaron con vista atenta y en silencio expectativo á que sus adversarios asomaran el cuerpo, alentados con no experimentar hostilidades al distinguirse sus bacinetes sobre el nivel del muro.

La fila llegó impulsada por las sucesivas; apercibió á los defensores separados de los muros, y tratando de aprovechar la ocasión, hizo el movimiento de franquear la valla. Como una ola encrespada y rugiente choca contra la que avanza en el primer remolino y la hunde bajo el peso de su mole, los sitiados cayendo á una sobre los del César, rompieron la línea con certeros disparos y acierto tremendo en los golpes. Un alarido de horror, de muerte, de repentino desaliento, salió de los acometedores, que transidos del hielo del pavor, en la imposibilidad de retroceder, se mantuvieron inmóviles sobre los peldaños de las escalas.

—¡Arriba! ¡Poder de Dios! ¡arriba! exclamó con voz de trueno el Duque.

Nadie se movió.

—Esa bandera, gritó el ex-condestable francés, arrebatando de las manos de un alférez el estandarte.

—Allá vamos todos, repuso Filiberto de Chalons, siguiendo los pasos del primer caudillo.

—Atrás, mandó Borbon al soldado que ocupaba el medio de la última fila de los asaltadores.

Los medios de todas las filas descendieron, á fin de que pasaran el Duque con la bandera en la mano, y detrás el príncipe de Orange que blandía una espada, honor de las frágulas en Toledo.

Tras de los egregios capitanes volvieron á subir los que tuvieron que ceder sus posiciones.

—Al muro, mis valientes, exclamó Borbon en el último peldaño. Perezca Roma y vengamos á nuestros compañeros....

Diez mil hombres se abalanzaron al muro, semejando una legion diabólica entre los fuegos y el humo de la arcabuceria; rechazando con sus rodela los golpes de hachas, espadas y

picas; montando sobre la muralla y poniendo los pies dentro del recinto asaltado.

Un joven armado de arcabuz se adelantó hacia Borbon, le hizo la puntería, disparó y el gran jefe vino á tierra atravesados los riñones. El matador era el eminente artista Benvenuto Cellini.

—¡Cielos! exclamó el príncipe de Orange, acudiendo consternado en socorro del Duque.

—Ocultad mi muerte; (dijo Borbon con acento apagado) cubridme con una capa que no desmayen... que sigan.... que sigan....

—Han muerto al general, gritaron los mas próximos al sitio de la catástrofe.

—¡Sangre!

—¡Venganza!

La embestida de los irritados españoles fue irresistible. Suizos, veteranos y movilizados, emprendieron la fuga.

Cuatro soldados y un alférez sostuvieron al moribundo Borbon.

—¡Dios mío! exclamó el Duque, levantando las manos al cielo en el postrer esfuerzo de la agonía: para ellos la victoria: para mí vuestra piedad.

Inclinó la cabeza, sacudióse en estremecimiento convulsivo, y espiró.

Los españoles ganaron el Borgo.

Los tudescos con enormes vigas rompieron el pórtico y penetraron en la ciudad.

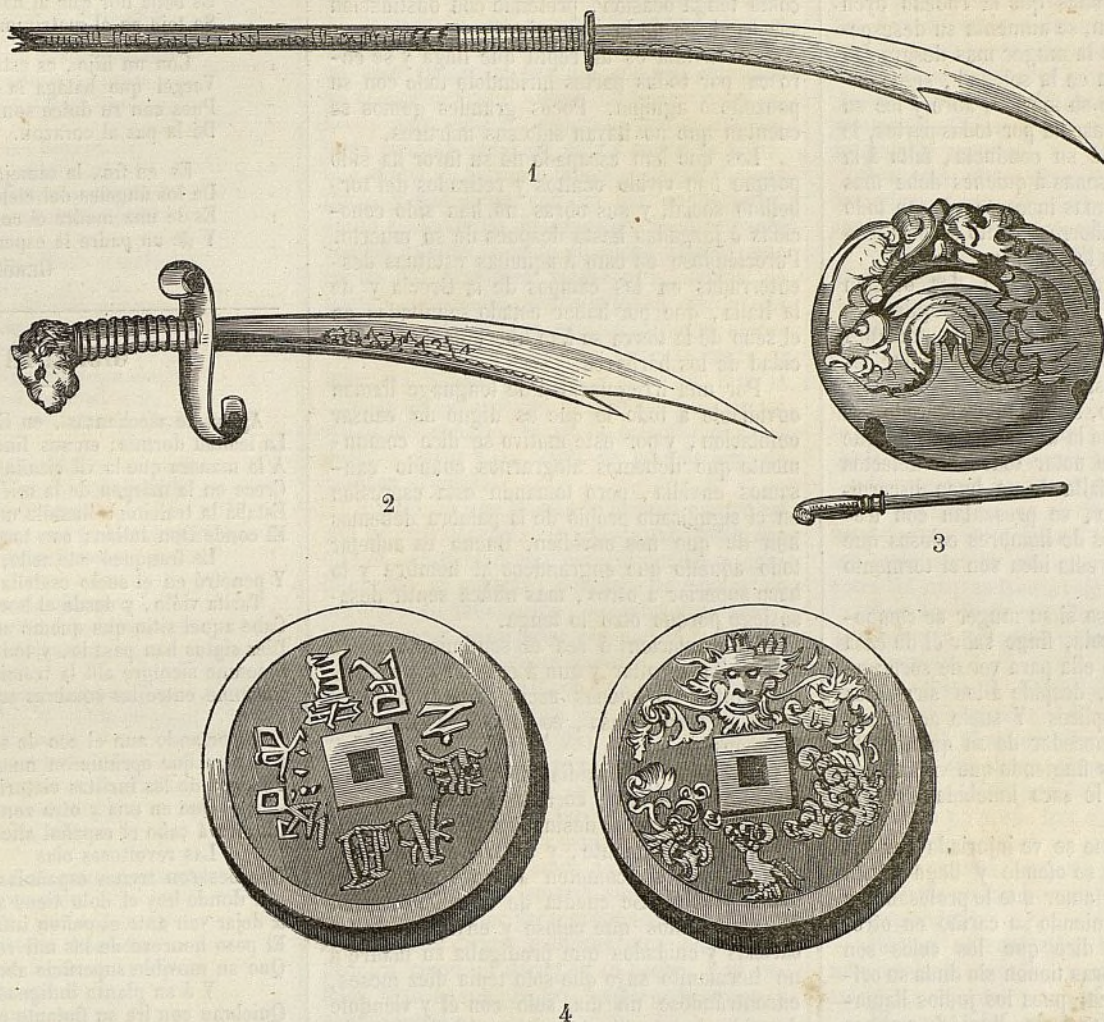
Los italianos asaltaron en éxito los flancos de las fortificaciones....

—¡Ay de tí, Roma!

JOSÉ VELAZQUEZ Y SANCHEZ.

PUERTA DE SAN MARTIN (PARIS).

La municipalidad de París, queriendo dar á Luis XIV una prueba de la admiración que escitaban sus victorias, mandó erigir en 1674 este arco de triunfo sobre los baluartes, y precisamente en el camino por donde el gran rey debía verificar su entrada á su vuelta de la campaña de los Países Bajos. Situada esta puerta en el sitio donde acaba la calle de San Martín, y principia el arrabal del mismo nombre, es de un aspecto, á la par que grandioso, imponente. Teniendo este arco cincuenta pies de alto, igual que de ancho con tres aberturas, siendo la del centro la mayor, adornada de cuatro bajo-relieves que representan el uno la toma de Besanzon, el otro la ruptura de la triple alianza, y los otros dos la derrota de los alemanes por el gran rey,



COCHINCHINA.—1 LANZA: 2 SABLE: 3 BATINTIN: 4 MONEDA DE PLATA.

el cual se halla representado bajo la figura de Hércules con la maza en la mano que amenaza una águila puesta á sus pies.

En todas las escenas de la primera revolución francesa y en cuantos disturbios han tenido lugar despues, así como en la última proclamación de la república y destronamiento de Luis Felipe, esta puerta ha sido siempre el lugar preferido para las demostraciones y reuniones tumultuosas, por hallarse situada junto á los barrios donde se hallan la mayor parte de las fábricas, y por consiguiente la mayoría de los operarios y trabajadores que forman un número considerable de la población inmensa de aquella gran capital.

OBJETOS COCHINCHINOS.

Entre los diferentes objetos cochinchinos cuyo dibujo publicamos en nuestro número de hoy, es el mas raro el *batintin* como instrumento militar: su forma es esférica, se halla hueco y está construido de una madera muy fuerte, golpeado por su correspondiente paillo produce un sonido seco que se oye perfectamente á grandes distancias.

LOS CELOS Y LA ENVIDIA.

Mientras que durante la vida del hombre ora por el cambio repentino de la temperatura, ora por una mala alimentación su cuerpo se ve asaltado de enfermedades, que la inteligencia explica mas ó menos bien; el alma suele verse acometida por la soberbia, la ambición, la avaricia y otras pasiones que ha-

cen padecer á la especie humana, sin que se pueda explicar el verdadero origen que las motiva.

Entre esas otras suelen presentarse los celos y la envidia, terribles impresiones que silenciosas mortifican y destruyen el bienestar, ahuyentando la tranquilidad.

Las enfermedades del cuerpo inspiran la compasión de los que nos rodean, las del alma les escitan á que nos aborrezcan. La ciencia conoce un gran número de medicamentos para extinguir ó aliviar las primeras; para las segundas solo la sana moral puede curarlas; pues los vicios solo se corrigen con las virtudes. Procúrese fortificar el espíritu con buenos principios filosóficos que hagan comprender distintamente el ver-

dadero positivismo, y claro el entendimiento rechazará las mezquinas preocupaciones que pueden oscurecerle. Y hé aquí la razón porque los seres dotados de un gran raciocinio raras veces son víctimas de ciertos males de que suelen serlo los que carecen de un buen criterio.

Los celos, esa pasión de alma que consiste en creer sin fundamento que la persona á quien se ama ó estima haya mudado ó piense mudar su cariño poniéndolo en otra; es siempre engendrada por la duda, alentada por la sospecha y sostenida por el juicio temerario. La persona poseída de este afecto no goza un momento de sosiego, vive intranquila, examina con detenimiento y sin calma hasta las mas pequeñas acciones de la otra á quien ama y las de aquella por quien se siente celosa. Mil quiméricas ideas surgen y se atropellan en su imaginación, los errores se precipitan unos sobre otros y estalla, digámoslo así, un delirio de una manera las mas veces violenta y siempre ridícula.

Principiase generalmente por hacer cargo de infidelidad á la persona amada, de ingratitud al amigo, de falta de cumplimiento en muchos deberes sociales, en augurar desastres, en inquirir noticias de todos, en dar crédito á cuanto se oye contar que pueda infundir los celos, aunque los que hablen sean personas que carezcan de probidad y no merezcan ser escuchadas.

La muger, esa bella mitad del género humano á quien la naturaleza ha prodigado la sensibilidad y escaseado el juicio, suele, con mas frecuencia, ser acometida por los celos: en su pesar demuestra la mas viva inquietud, se cree insultada y escarnecida por solo la mirada de la otra muger á la cual considera

rival: cuenta á todos su pena y se esfuerza en probar el fundamento de sus sospechas.

Cuando las personas que la rodean oyen sus quejas con desden, se aumenta su desesperacion y dice que es la muger mas desgraciada del mundo. Lloro en la soledad, sigue incógnita los pasos de su marido, abre y lee su correspondencia, le asedia por todas partes, le dá fuertes quejas de su conducta, falta á la urbanidad á las personas á quienes debe mas respeto, culpa á las mas inocentes, y con todo esto se adquiere el aborrecimiento de su esposo y el desprecio de los demás.

La muger coqueta procura dar ocasion con sus acciones á la persona por quien es amada para que sospeche ó tema la mudanza de su cariño. Este vicio, que se llama dar celos, hace dudar de su honradéz.

El hombre celoso, si no tan exagerado, es aun mas ridículo que la muger celosa, porque en aquel son mas de notar todos los defectos que dependen de la falta de un buen discernimiento. No obstante, se presentan con frecuencia muchos casos de hombres celosos que empuñados por esta idea son el tormento de sus esposas.

Murmura el celoso si su muger se compone, no la deja salir sola, finge salir él de casa y se queda oculto en ella para ver de sorprenderla con el amante, despidió á los sirvientes á quienes cree cómplices. Y suele acontecer que algun criado conocedor de su quimera le alienta la sospecha, y fingiendo que vigila para que no sea burlado le saca indebidamente el dinero.

La fiel esposa que se ve injuriada por los celos de su marido se ofende y llega hasta convertir en odio el amor que le profesaba, y á veces se venga poniendo su cariño en otro.

Comunmente se dice que los celos son amargos; estas palabras tienen sin duda su origen en el rito judaico; pues los judíos llamaban *agua de los celos* á un líquido amargo que sus sacerdotes, despues de haber pronunciado maldiciones, hacian beber á las mugeres acusadas de infidelidad.

Creíase que con esto moria la muger culpada; y que á la inocente no le sucedia ningun mal.

Este castigo es tan ridículo como lo son los celos mismos.

La envidia, que es la inquietud que se siente por el bien ajeno, es un mal inmensamente mayor que los celos: la sociedad entera se ve perjudicada por sus funestos efectos: no hay vicio que produzca peores consecuencias: solo el egoismo le iguala en fatales resultados. La envidia arrastra el corazon hasta la crueldad, engendra la ira, y ésta es precursora de la desesperacion.

¡Cuán pocas veces se comete la calumnia sin que sea originada por la envidia! Y ella con el egoismo son el gérmen de todos los daños sociales.

Por fortuna en la muger la pasion de que hablamos se concreta generalmente al amor, al lujo, á la ostentacion y á que las otras mugeres la sientan por ella. Por esto, en su crítica fútil y maliciosa, se la oye exagerar, los defectos del amante de la amiga, las imperfecciones de los trages que lucen las demás mayormente cuando son de mayor valor y gusto que los suyos, y menospreciar la magnificencia con que se presentan.

Su alegría es inesplícable cuando ve que otras la miran con admiracion, y luego palidecen por la envidia que les causa.

El hombre codicioso de los bienes de sus semejantes se inquieta al ver que los goza otro: pone en accion todas sus facultades para destruirselos ó menoscabárselos, siendo tal la oscuridad en que lo envuelve la envidia, que llega á creerse en derecho de usurpárselos. Así sucede: Apenas se presenta al público una cosa nueva y digna de aprecio, cuando el envidioso se apresta á desacreditarla para que

no sea bien admitida, ó si por casualidad puede producir alguna cantidad de dinero, como tenga ocasion, pretende con obstinacion ser partícipe de la ganancia.

La envidia es un réptil que llega y se enrosca por todas partes hiriéndolo todo con su ponzoñoso aguijón. Pocos grandes genios se cuentan que no hayan sido sus mártires.

Los que han escapado de su furor ha sido porque han vivido ocultos y retirados del torbellino social, y sus obras no han sido conocidas ó juzgadas hasta despues de su muerte. Pareciéndose en esto á aquellas estatuas desenterradas en los campos de la Grecia y de la Italia, que por haber estado sepultadas en el seno de la tierra se han libertado de la ferocidad de los bárbaros.

Por una irregularidad de language llaman envidiable á todo lo que es digno de causar emulacion, y por este motivo se dice comunmente que debemos alegrarnos cuando causamos envidia, pero tomando esta espresion en el significado propio de la palabra debemos huir de que nos envidien. Bueno es anhelar todo aquello que engrandece al hombre y lo hace superior á otros, mas nunca sentir desasosiego porque otro lo tenga.

La emulacion, ó sea el sentimiento noble que escita á imitar y aun á escender á nuestros semejantes en buenas acciones para obtener con ello recompensa, es lo que es útil procurarnos.

Los celos y la envidia son atributos propios de almas pequeñas y corazones mezquinos que nunca conocieron el desinterés y la sinceridad.

Desgraciadamente, y es triste el decirlo, estas pasiones acometen á todos sexos y en todas edades. Se cuenta de un niño de edad de cuatro años que celoso y envidioso de las caricias y cuidados que prodigaba su madre á un hermanito suyo que solo tenia diez meses, encontrándose un dia solo con él y viéndolo dormido, con auxilio de una escoba alcanzó una cajita de fósforos que habia en un bazar, los encendió y prendiendo fuego á la cuna le hizo perecer entre las llamas, muriendo él tambien asfixiado por el humo.

Inútil fuera, caros lectores, prolongar este artículo con mas ejemplos: harto queda demostrado, y todos saben, que las pasiones de que tratamos son en extremo perniciosas. Combatámoslas, pues, con esa virtud por la cual amamos al Criador por sí, y á la humanidad por el Criador.

ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

EL ÁNGEL DEL HOGAR.

Del matrimonio la aurora
No enturbia nube importuna,
Cuando resuena en la cuna
La voz de un niño que llora,

Pues de sus padres encanto
Su amor y dicha reasume;
Es flor de grato perfume,
Ave de armonioso canto.

Es ángel de hogar, tesoro
Que dá alegría sin tasa;
Es la dicha de una casa
Que no se compra con oro.

Es para la madre un rey
Que se refleja en sus ojos,
Y sus caprichos y antojos
Forman en su padre ley.

Es el lazo que afianza
De dos seres la existencia,
De sus almas pura esencia,
Símbolo de la esperanza.

Es de la vida aliciente,
Y cual delicada flor,
Embalsama con su olor
De la familia el ambiente.

Es de un Dios el testimonio
De su grandeza y poder;
Es bella flor que al nacer
Se teje en el matrimonio.

Con un hijo, es esta union
Vergel que halaga la brisa,
Pues con su dulce sonrisa
Dá la paz al corazon.

Es en fin, la semejanza
De los ángeles del cielo;
Es de una madre el consuelo,
Y de un padre la esperanza.

GERÓNIMO FLORES.

GIBRALTAR.

Agona de asechanzas, en España
La lealtad dormia; en sus linderos,
A la manera que la vil cizaña
Crece en la margen de la miés, despierta
Estaba la traicion: llamóla un dia
El conde Don Julian; con torpe mano
La franqueó este asilo,
Y penetró en el suelo castellano.
Tarifa viólo, y desde el hora impía
Cabe aquel sitio que quemó su planta,
Diez siglos han pasado, y todavia
Insomne siempre allí la traicion vela,
Insomne entre las sombras se levanta.

Soportando aun el eco de sus glorias,
Las olas que oprimieron nuestras naves,
Testigos de las inclitas victorias
Que en una y otra zona
Llevara á cabo el español aliento,
Las revoltosas olas
Que besaron arenas españolas
Allí donde hoy el dolo tiene asiento,
A dejar van ante el peñon infame
El peso honroso de los mil recuerdos
Que su movible superficie abruma,
Y á su planta indignadas
Quiebran con ira su flotante espuma.

Mas ¡ay! en vano, en vano
En rumoroso estruendo el Océano
Va allí á decir la plácida memoria
De nuestra antigua prez y nuestra gloria.
La sombría traicion su rostro aguende
Vuelve, y con mofa la mirada altiva
Por nuestro suelo tiende,
Y en silencio contéplalo profundo;
Ni un eco vago, ni una sola queja
Por su ultrajado honor levanta España;
Sobre los rotos timbres que en bermeja
Sangre empapados le rindiera el mundo,
De su fiera indómita olvidado,
Inerte el león yace, y á su lado
Duerme el honor del pueblo que algun dia
Pasó sobre las razas y naciones
Como ruda avalancha destructora
A la sombra triunfal de sus pendones.

Duerme.... Yo no, yo tengo siempre en vela
Una idea tenáz fija en mi mente,
Y en el fondo del pecho un hondo grito,
Una voz que reclama, voz que anhela,
Algo que falta al corazon doliente.

¿Y entender no sabeis qué es lo que pide
Ese grito que un dia y otro dia
Dentro del alma sin cesar reside?
¡Oh! Yo nací bajo el hermoso cielo
Que de mil héroes contempló la cuna;
Sí, yo he crecido en el fecundo suelo
Que ambos mares cercaron
Esclavos de su audacia y su fortuna.
Soy español, aliento en esta tierra
Que probó el sino y no domó la guerra,
Do el valor, la lealtad y la hidalguía
Vinieron á morar, ¿y el alma mia
Qué es lo que anhela demandais? En torno
La mirada tendes. En lontananza
¿Qué veis? ¿qué veis? ¿Callais? Vuestro semblante
Mancha el rubor y el ansia de venganza.
Como un fantasma tétrico y sombrío
Que vuestro enojo reta,
Sobre el cielo africano limpio y claro
Destaca su cortada silueta
El altivo peñon de Gibralfaro.
A su pié y del nocturno espanto en medio,
Del mar, que gime en estruendoso grito,

Sangrientos se levantan
Y hasta la orilla réa
Demandando venganza se adelantan,
Los manes de españoles y franceses
Que en desigual pelea,
Que en noble lid, á su destino insano
La vida dieron, generosas víctimas
De la traidora astucia del britano.

¡Raza de mercaderes degradada!
¡Jamás os quiso para sí la gloria,
Y solo á costa de la infamia odiada
Sabeis comprar impunes la victoria!

Espanoles, ¿le veis? Mudo y siniestro
Ese peñon que el límite cercena
Del suelo castellano, ha sido nuestro.
¿Por qué no lo es ahora?
Bien lo sabeis y con amarga pena.
Cual de Calais la vergonzosa hazaña,
Ese peñon, oprobio á dos naciones,
Ni vindica al britano, ni honra á España:

Los ojos no apartéis; que es esa mole
Que alza á las nubes su altanera frente,
Un deber no cumplido todavía,
Que há treinta lustros que la patria mia
Exige de sus hijos impaciente.

Doloroso deber, mole altanera
Que te levantas lúgubre é insidiosa
A limitar el suelo castellano;
Idea vergonzosa
Unida á nuestro nombre esclarecido,
Que indignado rechaza el noble hispano;
Lanzándote al olvido;
Ven á mí, y en mi mente te cobija
Entre recuerdos de esplendente gloria:
Vivirás en mi mente siempre fija,
Y velarás perene en mi memoria.

Tumba que guardas la grandeza inerte
De mi patria querida,
Ninguno de sus hijos, por no verte,
Viene á evocar tu historia dolorida.
Mas yo vendré, sin lágrimas los ojos,
Que nunca tiene lágrimas la ira,
Y ante tí renovando mis enojos
Aumentaré así el odio que hoy me inspira,
Una vez y otra vez, y cien y siempre,
Hasta que te alcen de la tumba fria,
Sombra humillada de la patria mia,
El grito airado y el clamor de guerra
Del pueblo impetuoso que algun dia
Con sus victorias asombró la tierra.

¡Y ha de ser! ¡ha de ser! A tu alta cima
Ha de llegar un pueblo denodado
A reclamar de tu raptor infame
Su fé vendida, su derecho hollado.
Vendrá á decir á Europa que no has sido
Tú treinta lustros el baldon de España;
Que si menguó su suelo el fementido
Rapto del holandés, no así su honra,
Que hazañas mil conservarán ilesa,
Que no es conquista el robo,
Que no es toma leal una sorpresa.

Y que á pesar del hecho de Roo, puede
El fallo de los siglos venideros,
Aun esperar, sin que su fé sucumba,
La patria de Cortés y de Cisneros;
El pueblo de las Navas y de Otumba.

Y despues de punido el torpe dolo
De la nacion pirata,
Tú que ocasion á tal ultraje fuiste,
Tú que en tu suelo soportar pudiste
Tal vileza, en desdoro á nuestra gloria
Tú, fea mancha en nuestro honor preclaro;
Para robar al tiempo tu memoria,
Cesarás de llamarte Gibralfaro.

PEDRO MANUEL YAGO.

EL CIEGO DE LOS VALLES:

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuacion.)

Celsa, en medio de su modesta posicion,
habia interpretado las necesidades de su alma,

rodeándose de una atmósfera impregnada de ciertas voluptuosas emanaciones y de cierto lujo que no carecia de estudiado refinamiento. Al revés de lo que hacian las demás jóvenes de su edad y condicion, cuidó muy mucho de no sobrecargar las paredes con una coleccion de estampas mas ó menos místicas y devotas. En la sala tenia un espejo de marco dorado, unas cuantas sillas de paja y sobre la mesa, que cubria un hermoso tapete, veíanse algunos libros y una jaula con un par de tórtolas. Junto á uno de los balcones pendia otra jaula con un canario, y tanto en dicho balcon como en los dos restantes veíase una porcion de tuestos encarnados donde la joven criaba con esquisito esmero, una porcion de flores olorosas y de yerbas balsámicas. De este modo, y mientras Celsa bordaba ó leía un rato al compás de los arrullos de las tórtolas y de los trinos del canario, el sol la cobijaba con sus dorados rayos y las flores la inundaban de blandos aromas.

El dia en que Roman le hizo su primer visita de convalecencia, la joven estaba tan bella, que el pobre mancebo pareció quedarse deslumbrado al mirarla; temblaba de miedo, de orgullo, de satisfaccion, de celos y de amor, sin atreverse á traspasar el dintel de la puerta; pero ella corrió á su encuentro, lo animó con su sonrisa; le fascinó con una mirada, le envolvió, en fin, en una atmósfera de fuego y brindándole con una silla, le hizo sentarse á su lado preguntándole por el estado de su salud y por la causa de su dolencia. Entonces tembló Roman como un delincuente; habia ido, por consejo de su madre, á provocar una explicacion, á declararse, á decir á Celsa que no podia vivir sin amar y sin ser amado, y apenas tenia valor para pronunciar una frase. La joven le dirigió entonces otra mirada que penetró como un dardo en su pecho, y el infeliz cayó á sus plantas implorando amor y conmiseracion.

No os diré el resultado de esta entrevista. El mismo Roman, de vuelta en su casa, queria en vano sondear su memoria, evocar sus palabras y las de Celsa para deducir de cada una de ellas si habia motivo para cobijar una esperanza legitima. Lo único que puedo deciros es que el pobre mozo estaba contento. Su amada le habia escuchado benévolamente, le habia sonreído con dulzura, y esto, en su concepto, no dejaba de ser un triunfo.

—Sí, sí, decia para sí y en tono regocijado; yo le hablaré todos los dias de mi amor; le explicaré lo mucho que he sufrido por ella; me verá continuamente convertido en humilde esclavo de sus antojos, y acaso tendrá compasion de mí; acaso me amará y seré el hombre mas dichoso del mundo.

Al otro dia salió Roman á dar un pequeño paseo antes de ir á casa de Celsa. Era una tarde de otoño y hacia un tiempo magnifico. Andaba despacio á causa de su debilidad y se apoyaba en un grueso baston de estoque que un viajero amigo de su padre se habia dejado cierta vez olvidado. De este modo llegó á una pequeña eminencia poblada de corpulentos árboles, y desde la cual se veía el pueblo perfectamente. Roman se sentó un momento al pie de un castaño, y procuró descansar contemplando el panorama interesante que se presentaba á su vista.

Pero de repente frunció el ceño, se puso mas pálido de lo que estaba y levantándose como si fuese movido por un resorte, quedóse inmóvil y con la vista fija en el pueblo. Acababa de ver, parado á la puerta de su casa, que tambien se descubria desde allí, un hombre á caballo, cuyo hombre estuvo hablando con Marta un breve espacio de tiempo, y despues desapareció de la misma manera que habia venido.

—Es Santiago, murmuró Roman; Santiago que vuelve de Barcelona y que ha estado hablando con mi madre.

Diciendo así, estaba temblando de emocion. Por un lado sentia renacer con mayores brios la antigua amistad que los ligaba desde que fueron juntos á la escuela, y por otro lado su amor y sus celos se levantaban dentro de su alma rugientes y amenazadores, indicándole que Santiago habia querido robarle la posesion de Celsa, y con ella todo un porvenir de inefable ventura.

En esta alternativa de afectos volvió á desandar su camino, y al cabo de media hora penetró en el cuarto de Celsa.

No se equivocaba; Santiago habia vuelto de Barcelona y estaba ya sentado al lado de la joven, que al parecer le oia con bastante complacencia. Viendo á Roman, se levantó Santiago y corrió hacia él con los brazos abiertos. El hijo de Marta tendió entonces sus manos adelante y las fijó en los hombros de su amigo. Decididamente, si no rechazaba su abrazo, le esquivaba cuando menos.

—Parece que has venido bueno y que eres feliz, dijo Roman con cierta amargura é ironía, sin dejar de contemplar á Celsa, que á la sazón tenia una flor en sus manos y la colocaba entre las negras trenzas de sus cabellos.

Santiago tenia otra flor exactamente igual, que aparecia prendida en uno de los ojales de su chaqueton.

Todo esto lo habia observado el hijo de Marta con la rapidéz del relámpago. Santiago le respondió al mismo tiempo:

—Sí, sí, me siento dichoso y estoy bueno á Dios gracias. Respecto á tí, ya he preguntado á tu madre y sé que has estado muy enfermo.

—¡Mucho, mucho!

—Pero ya estás mejor, ¿no es verdad?

—Todavía no me he muerto; todavía....

—Esplicáte.

Roman no contestó; dirigió á su amigo una insolente mirada, y saludando á Celsa, volvió las espaldas y se alejó de allí.

El amor y los celos habian ultrajado á la amistad; la guerra estaba declarada.

Desde entonces, Santiago se mostró resentido, y debia estarlo con razon.

Porque el pobre joven estaba completamente ignorante de todo lo que habia pasado. El dia que fue con su padre á pedir la mano de la codiciada doncella, el albeitar y su muger le dieron seguridades que él creyó veria realizadas dentro de poco.—Todos los años por este tiempo, le dijeron, suele venir la persona encargada de traernos la pension de la niña. Esa persona nos tiene comunicadas algunas instrucciones, y desde luego podemos asegurar que los padres de Celsa no tendrán que oponer obstáculo alguno.

—Pero ¿y ella? se aventuró á preguntar Santiago.

—En cuanto á ella, replicó la muger del albeitar, puedo responder tambien de que se considerará muy dichosa. He notado cierta inclinacion....

Trémulo de felicidad con solo oir estas palabras, corrió Santiago á su casa, trató con su padre de los asuntos que tenían pendientes y quedaron convenidos en que al dia inmediato partiria el joven á Barcelona, donde contaban con una finca que decidieron vender.

Entonces fue cuando vió á Roman y le confió el secreto de su dicha.

¿Cuál era, pues, la razon que el hijo de Marta tenia para despreciarle de aquella suerte en el momento en que él volvía mas afectuoso y mas buen amigo que nunca?

Santiago hubiera querido dirigirle la anterior pregunta en tono de cariñosa reconvenccion; pero se juzgaba inocente y creyó que no se hallaba en el caso de someterse á pedir explicaciones.

De este modo surgió entre ellos por una y otra parte la desconfianza y el odio.

Y entre tanto la hermosura de Celsa les fascinaba mas cada dia.

Y Roman sintió que la vívora de los celos

se enroscaba en su corazón y que la envidia clavaba en él sus dientes venenosos y agudos.

De este modo trascurrieron tres ó cuatro semanas, sin que nada ocurriese de notable.

La persona que en nombre de los verdaderos padres de Celsa podía dar su consentimiento, no había llegado, faltando en esto á una costumbre que jamás hasta entonces tuvo alteración. Ni había parecido, ni había escrito, ni se sabía nada absolutamente respecto de su tardanza.

Santiago dominaba su amorosa impaciencia. Celsa por su parte, se encerraba en los estrechos límites de la mas absoluta reserva.

Una tarde salió á paseo con algunas de sus amigas. Cerca del bosque que estaba mas inmediato al pueblo, acertó á ver á Roman, que débil aun y mas taciturno que nunca, caminaba solo y apoyado en su bastón.

Roman se acercó á ella y separándose un poco del grupo formado por las demás jóvenes, pudieron conversar sin que nadie se enterase de lo que decían.

—Por fin te veo á solas, dijo él con labio balbuciente y con sordo y sombrío acento; por fin podré hablarte lejos de importunos testigos.

—¿Tienes alguna cosa que comunicarme?

—Sí, tengo que decirte por última vez, que te adoro con frenesí, con verdadera locura; tengo que declararte que sin tu amor no hay para mi existencia posible, y que por lo tanto necesito saber tu resolución para enderezar mis pasos por la senda del bien ó por el camino del mal.

—Explícate.

—Tú amas á Santiago.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Mi corazón.

—Mejor dijeras tus celos y tu envidia.

—¿Mi envidia?

—Sí.

—¡Mentira! barbotó Roman iracundamente. Si Santiago es mas rico que yo, si viste mejor que yo, y por lo mismo merece tu agrado y tu confianza mejor que yo....

—Acaba, dijo la joven impaciente.

—Yo te haré ver que valgo mas, muchísimo mas que el cobarde que rehuye tener conmigo una explicación. Le mataré tan pronto como quiera conducirte al altar.

En aquel momento ambos jóvenes suspendieron su diálogo.

Santiago, que había estado paseando por el bosque, acababa de aparecer á su vista.

Por otro lado el albeitar, su muger y un anciano que venia con aquellos por el camino del pueblo comenzaron á dar grandes voces llamando á Celsa y á sus amigas.

Mientras sucedía esto, la noche iba teniendo poco á poco su manto de tinieblas.

Celsa se acercó á Roman, le cogió una mano y le dijo:

—Te quedas á solas con Santiago; cuidado con lo que haces.

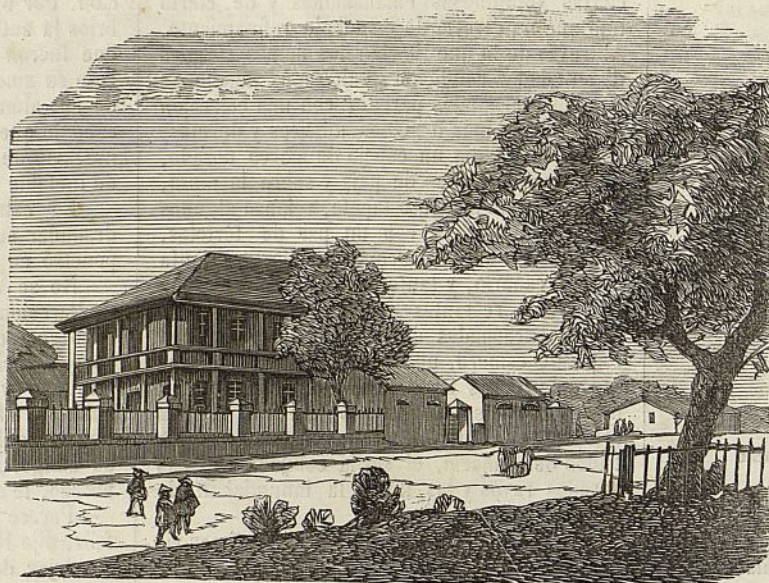
Y corrió á reunirse con los que la estaban llamando.

El hijo de Marta permaneció en su puesto, inmóvil y silencioso, viendo á Santiago que se acercaba.

Cuando estuvo junto á él le cogió de un brazo y le dijo con rudo ademán y voz amenazadora:

—Detente, Santiago, tenemos que hablar.

—¿Qué me quieres?



COCHINCHINA.—HABITACION DEL COMANDANTE EN JEFE DE LAS FUERZAS FRANCO-ESPAÑOLAS EN SAIGONG.

—¿Vas en busca de Celsa?

—Sí.

—¿La quieres mucho?

—Mucho.

—¿Y sabes que yo la quiero también con toda mi alma?

—Lo he presumido.

—¿Cuándo?

—A mi regreso de Barcelona.

—¿Y no lo sospechabas cuando fuiste á pedir su mano?

—Si entonces lo hubiese sospechado jamás hubiera faltado á los deberes que la amistad me imponía.

—¡Mientes!

—Ya sabes que odio la falsedad.

—¿Y no renunciás?...

—¿A qué?

—A tu amor.

—¿Quién puede exigírmelo?

—Yo.

—¿Cuál es tu derecho?

—El que me dá mi voluntad y el que puede comunicarme la fuerza de mi odio.

—Estás ciego y me insultas. Ojalá que sepas arrepentirte con la facilidad con que yo sé perdonarte.

Santiago quiso continuar su camino.

—No te irás, no, exclamó Roman rechinando los dientes y poniéndose delante; si has pensado (continuó) que con esa dulzura hipócrita me has de hacer desdichado para siempre, desde luego que has errado tu cuenta. Oyeme: yo no puedo vivir sin Celsa y ella no puede amarnos á los dos. Saca, pues, la consecuencia que gustes.

—Sí, sí, ya veo que te estorbo.

Santiago pronunció estas palabras con profunda tristeza, y luego continuó:

—Y sin embargo, nadie, nadie absolutamente te impide que vayas y la pidas en matrimonio.

—¿Ignoras que mis padres lo hicieron el mismo día que viniste á gozarte en mis males?

—Lo ignoraba; te lo juro por cuanto hay de sagrado en el mundo.

—¡Mientes!

Santiago debió hacer un soberano esfuerzo por dominar su impaciencia y su indignación.

—Escucha, Roman, dijo con voz alterada; esta es la segunda vez que me arrojas al rostro un mentís insolente, que de seguro hubiera yo sofocado con mis manos en los labios de otro cualquiera que los hubiese pronunciado. Estoy viendo que quieres provocarme á todo trance y yo, á pesar de todo, quiero con-

servar mi razón y mi sangre, frías como el hielo de la vejé de nuestros padres. Porque tú y yo tenemos padres, Roman.

—¿Y qué me importa todo eso?

—Me estremece tu pregunta, porque veo que tu rabia y tu desesperación te han hecho perder el sentido.

—Sí, estoy loco; ¿no lo sabías?

—Es lástima; pero escúchame á pesar de tu locura, y conserva en tu memoria lo que voy á decirte.

—Habla.

—Yo amo á Celsa y tengo pedida su mano; me es imposible desistir de mi petición porque, aunque tuviera valor para destrozarme el alma y alejarme de ella, mi resolución á tus ojos y á los de todo el mundo, sería tan cobarde como deshonrosa. Dicho esto, debo decirte también que mis esperanzas han fracasado: Celsa no será mía.

—No lo será porque yo no lo consentiré.

—Estás en un error; no será mía porque sus padres no lo consentirán. Por otro lado, Celsa es ambiciosa, muy ambiciosa y nos juzgará indignos de que cualquiera de nosotros sea su marido.

—¡Mientes!

—Te hallo en sana paz y por última vez: Celsa será la esposa de un hombre cualquiera, por muy criminal que sea ese hombre, con tal de que la coloque en una brillante posición.

—¡Mientes! ¡mientes! la estás calumniando.

—¡Ea! ¡basta! gritó Santiago en un acceso de cólera.

Y viendo que Roman se ponía delante con los puños crispados y la vista encendida como queriendo detenerle, trató de abrirse paso á todo trance y lo empujó con alguna violencia.

Roman cayó al suelo y se levantó instantáneamente arrojando un rugido de desesperación.

—¡Atrás! dijo Santiago. ¡Atrás! déjame seguir mi camino.

—¡Nunca! ¡nunca! barbotó el hijo de Marta levantando su bastón sobre la cabeza de su rival.

—¡Atrás, miserable! volvió á decir Santiago.

Y como viese que Roman desatentado y ciego continuaba en la misma amenazante apostura, cogió el bastón y trató de arrancárselo de entre las manos, consiguiéndolo en efecto.

El hijo de Marta lanzó un segundo rugido que por esta vez solo expresaba la mas feróz alegría.

Su mano temblorosa conservaba la empuñadura del estoque cuya hoja brilló á los pálidos reflejos del crepúsculo de la tarde.

—¡Atrás! volvió á decir Santiago procurando avanzar con dirección al pueblo.

—¡Nunca! repitió el hijo de Marta presentándole la punta de su estoque.

La fatalidad debió empujar entonces á Santiago que dió un paso mas y cayó luego bañado en su sangre á los pies de Roman. Este, arrojando su acero, echó á correr por la espesura del bosque sin saber á donde dirigirse ni en donde guarecerse.

(Se continuará.)

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.